

MARÍA LUISA CHAVOYA PEÑA
**MUJER PIONERA DE LA
ACADEMIA Y EL GÉNERO**

Margarita Martín Montoro, una mujer... una académica. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2001.

El libro autobiográfico que hoy se reseña, *Margarita Martín Montoro, una mujer... una académica*, es producto de un gran esfuerzo y voluntad. El esfuerzo y la voluntad más que nada de Margarita Martín Montoro, quien no se contentó con el legado dejado durante su función universitaria por 34 años, en los cuales formó a muchos universitarios y muchas universitarias y forjó un área de investigación nueva dentro de las ciencias sociales: los estudios de género, cuyo significado y sentido impregna esta obra. Ahora, como despedida de sus más de tres décadas como universitaria, nos entrega el legado de su vida, de sus luchas, de sus esperanzas y de sus lo-

gos. Detrás de este libro están también el esfuerzo y la voluntad de otros universitarios, que creyeron en la importancia de este tipo de testimonios y promovieron su realización. Así que, además de felicitar primeramente a la autora de este libro, extiendo mi felicitación a la Coordinación General Académica y a la Unidad para el Desarrollo de la Investigación y Posgrado, que hicieron posible su edición. Este tipo de iniciativas es importante para que nuestra historia académica se preserve de los estragos del tiempo y del olvido. Esperamos que éste sea el primero de muchos trabajos biográficos y autobiográficos de académicos distinguidos.

Desde la primera de las 166 páginas, Margarita nos permite entrar a su intimidad y conocer su vida, y lo hace de una manera arena y sobre todo honesta. No está dispuesta a ocultar nada, ni a embellecer los pasajes de su vida. Es autocrítica y reflexiva. Una vez que comienzan a leerse las prime-

ras páginas, la lectura difícilmente se abandona. Atrae al lector y sobre todo a las lectoras, quienes no podemos dejar de vernos reflejadas en algunos pasajes del libro porque, al fin y al cabo, somos herederas y herederos de una cultura occidentalista y sexista.

El libro narra el devenir inesperado de una niña marcada por la tragedia producto de la segunda guerra mundial, arrancada de sus raíces cuando retóño del continente europeo y de la España franquista, de su entrañable Málaga, para ser plantada en México, país que acogió a los refugiados y les brindó su tradicional hospitalidad. Este retóño se aferró a la tierra tapatía y las raíces crecieron profundas. Mexicana y tapatía no sólo por nacionalización, sino por decisión y convicción, y por lo tanto más mexicana y tapatía que aquéllos que lo son sólo por natalidad, como afirma en su libro. En esta tierra de occidente fue creciendo y no sólo en el sentido biológico sino en el humano, y a esta tierra entrega

sus frutos, lo mejor de ella, siempre para otras y otros. Médica, ginecóloga, dos veces directora de la Escuela de Enfermería de la Universidad de Guadalajara, fundadora de la Escuela de Enfermería del IMSS y de la Universidad de Guadalajara; profesora, maestra en sociología, pionera en las investigaciones sobre la mujer y el género y fundadora de la primera dependencia universitaria dedicada a su estudio: el Programa de Estudios de la Mujer, transformado posteriormente en Programa de Estudios de Género. Mujer inquieta y apasionada. Su libro da cuenta no sólo de un currículo de vida frío, lleno de datos. Es esa "afectividad y motivación interior" que ella refiere como característico de las mujeres, lo que se traduce en esta autobiografía.

Es la historia de una mujer que no se contentó con el rol tradicional de esposa y madre y decidió ser, además y primero, profesionista, demostrando así la falsedad de la famosa frase

popular de "mujer que sabe latín, ni se casa ni tiene buen fin".

Margarita puede sentirse afortunada de tener una familia que, aunque impregnada de la cultura patriarcal, tenía una visión un poco más amplia de la que prevalecía en su época. Madre y padre, tías y abuela que se interesaron en criarla con una visión hacia el crecimiento de su desarrollo personal. Padres que se interesaron en que continuara estudios superiores, a pesar de que no pudiera ella elegir libremente su carrera. Fue estudiante universitaria en una etapa y en un espacio en que la participación femenina era escasa. En una profesión masculina considerada difícil y que demandaba jornadas de tiempo completo.

Aun con la apertura familiar, Margarita enfrentó cuando estudiante el dilema del noviazgo o los estudios y prefirió dejar en suspenso su corazón antes que abandonar su pasión. Textualmente en su libro cita:

Las mujeres que estudiábamos una carrera formal no teníamos por qué tener novio, porque nos íbamos a dedicar a la profesión en forma exclusiva, solamente las de las carreras cortas porque se decía "estudia mientras te casas" y nosotras por toda la carga que íbamos a tener al ser médicas no nos íbamos a casar, porque era profesión consagrada, algo como el sacerdocio, al bien de los demás.

Enfrentaba la desvalorización a su esfuerzo, pues, pensaban algunos de sus seres cercanos: tanto estudio y dedicación era "inútil por ser mujer"; es decir, por estar condenada a dejar su profesión cuando decidiera contraer matrimonio, cosa que no hizo llegabó el momento y aun con marido e hijos pequeños siguió desempeñando diversos cargos académicos. Todas las dificultades que le tocaba enfrentar por su condición de mujer, lejos de desanimarla, constituían un acicate para ella, pues aun sin la conciencia que

después adquirió, su lucha no era sólo la de ella, sino la de las mujeres que abren brecha para que más mujeres transiten.

En las páginas de la narrativa autobiográfica, enfrenta uno la majestuosidad de la Universidad de Guadalajara. El paseo nos lleva a la preparatoria de Jalisco con sus inolvidables personajes: José Parres Arias, Pedro Vallín Esparza, José Montes de Oca y Silva, Amado Ruiz Sánchez y Luis Medina, por citar algunos.

De ahí transitamos por las aulas mismas de la Facultad de Medicina, con sus académicos que le dieron prestigio y fama: el Dr. Ignacio Chávez, el Dr. Roberto Mendiola Horta, el Dr. Delfino Gallo, el Dr. Ramón Naranjo, el Dr. Topete, los doctores Ruiz Sánchez, el Dr. Torres Plank, el Dr. Francisco García Ruiz, el Dr. J. Trinidad González Gutiérrez, el Dr. Carlos Ramírez Esparza y el Dr. Barba Rubio, por citar algunos nombres ilustres. En esta planta académica, la proporción de mujeres mé-

dicas dedicadas a la enseñanza eran contadas, apenas unas cuantas figuraban a lo largo de las páginas: la Dra. Gloria Pérez Suárez, la Dra. Delfina Valderrama, la Dra. Concepción Ruiz Villalobos y la Dra. Alicia Vázquez.

La referencia obligada al hablar de la Escuela de Medicina es el Hospital Civil. Reconocemos junto con Margarita esos largos pasillos. Entramos al complejo mundo hospitalario: a los quirófanos, a la morgue, a las áreas de hospitalización, de urgencias y de consulta externa. Compartimos con ella la superación de cada obstáculo provocado por su condición de mujer. La acompañamos en sus dobles guardias porque como mujer no puede pasar la noche sola, se hará acompañar por otra de sus compañeras y viceversa, aunque esto les implique un esfuerzo mayor que el que realizan los hombres. Nos congratulamos con sus logros, producto de su inteligencia y tenacidad.

La universidad politizada apenas si se vislumbra. En su lugar brilla el esplendor académico, junto con la vocación de servicio enraizada en la ideología universitaria. Estudiantes que donan sangre, dinero y esfuerzo, profesores que destinan su tiempo y dedicación, sin cobrar nada, sin ninguna otra motivación más que la satisfacción de servir.

Con el título de médica y de especialista en ginecología, Margarita ganó una batalla, pero habían otras más en el camino. Los obstáculos emergían. La condición social de ser mujer se presentaba nuevamente como limitante para continuar con los estudios de posgrado. Su contacto con las escuelas de enfermería, en donde la representación estudiantil estaba en los hombres, que constituían sólo 10% de la población escolar. Asimismo, las maestras de profesión enfermeras estaban ausentes de la toma de decisiones de la escuela destinada a formar enfermeras. El enfrentamiento con los

problemas de salud de la mujer, y todo el tabú alrededor del cuerpo femenino que se escondía atrás del pudor, miraban la salud de la mujer. Con desesperación vemos morir mujeres jóvenes con cáncer cérvico-uterino, por citar un ejemplo. Estas vivencias y la propia trayectoria fueron determinantes para que la vista de Margarita adquiriera una perspectiva de género, que marcaría el denrotero de los últimos quince años de su ejercicio académico. Esta perspectiva de género se potenció con la formación que adquirió al incursionar dentro de las ciencias sociales.

Margarita ha sido madre, no sólo en el sentido biológico, sino en el amplio, el de la creación: de ella han brotado ideas, instituciones, visiones. Ha sabido sembrar sus inquietudes en otras jóvenes mujeres que hoy continúan la labor que ella iniciara. Ha generado vida en donde no la había.

Tras una larga batalla, su voz se ha dejado por fin escuchar. La voz de la mujer, siempre presente, poco escu-

chada. La voz que grita y defiende su derecho de ser. La voz que va ganando espacios. Una batalla no fácil y que se da en muchos ámbitos. El ámbito más difícil es en el mundo de la academia, ya que por tradición existe de un pensamiento occidentalista y masculino. Para ser escuchada la voz de la mujer tiene que ser fuerte, clara y constante: hay mucho ruido y se construyen barreras culturales ancladas en la tradición patriarcal. Cuando la constancia de la voz femenina, firme y decidida a ser escuchada se impone, tiene resonancias grandes: ya no podemos seguir pensando, sintiendo y viviendo igual: lo oculto se devela y tenemos que mirarlo y reaccionar. Las implicaciones, entonces, son muchas. Ya no podemos pensar y actuar como si las diferencias de género no existieran. La perspectiva de género, cabe decir, siempre será una perspectiva crítica.

Para nuestra universidad la incorporación de la perspectiva de género significó no sólo la producción de co-

nocimientos, sino también tuvo resonancia en la enseñanza. La perspectiva de género se ha incorporado a los programas de estudio de muchas escuelas y facultades del área de ciencias sociales y no sólo de la Universidad de Guadalajara, pues Margarita ha seguido fielmente una de las muchas conclusiones a las que llegó con sus trabajos: que la educación es un factor determinante y de progreso para la posición de las mujeres en el mundo, y la educación debe contener necesariamente la perspectiva de género.

Otra de las muchas luchas de Margarita fue el derecho de la mujer a tener títulos que respeten el género: ya las mujeres no somos licenciadas, doctoras, arquitectas, ingenieras y maestras. Ahora, nuestro género puede quedar expresado en nuestros títulos.

Las últimas páginas dan fe de la cruzada emprendida por Margarita como promotora de la reflexión en torno a la mujer y al género. Quince años de promoción incansable y ahora un

nuevo inicio. Aunque la hoy abuela está jubilada, sigue atada a su *alma mater* y a la misión que ella misma eligiera a partir de sus propias vivencias. En cierto sentido, es un nuevo inicio, pero también una continuación. La labor profesional continúa y ahora ha abierto el estudio y la reflexión hacia la problemática femenina en el clímax. La jubilación, lejos de ser un cese, ha representado la intensificación de actividades, pues Margarita ha ganado un lugar especial en la academia y en la sociedad mexicana.

El legado que nos deja en este libro se refleja desde el color de la portada, que es el color que representa al feminismo bien entendido, y el acortamiento del título, pues Margarita primero y antes que todo es mujer, una mujer académica.

Tras estos breves comentarios está la invitación a leer esta autobiografía, a deleitarnos y a obtener un aprendizaje de las vivencias y experiencias de la mujer y de la académica.